

Los Libros

LA CIUDAD DORMIDA, por *Lautaro Yankas*. Edit. Orbe. Santiago, 1943.

El autor cuenta con varias novelas, cuentos, ensayos y artículos. «Flor Lumao», «La llama», «La morena de la loma», etc., son obras conocidas por todos los lectores de libros chilenos. Yankas nos da ahora una novela con tema muy distinto a los tratados en obras anteriores. «La ciudad dormida» encierra la existencia de los habitantes de un pueblo del valle central. El autor comienza dando, desde las primeras páginas, la sensación de la Ciudad Dormida. La impresión primera de la prosa: un tanto poemática, moderna, agradable. El autor maneja elementos escogidos para dar el ambiente de una época lejana, y consigue su propósito al bosquejar el medio en que vivirán los personajes. Y nos sentimos viajeros en una vieja ciudad, de anchos tejados, de ventanas embarrotadas y de torres carcomidas. Hay silencio, olor a jardines y frutas. Pero de pronto, aunque no se quiera, la Parroquia se hace sentir por todos los rincones.

He aquí cómo describe el autor las señales de invitación a la iglesia: «En el aire manso de la tarde, el campanileo se levanta contra el poniente lívido con su andamiaje mendicante. El grueso y cansado badajo golpea con premura ingenua llamando al rebaño. El mismo llamado de ayer y anteayer, de años y centenas de años. Ese badajo da un primer golpe tranquilo, apura en seguida y el sonido se amalgama en el cielo, se

aleja al encuentro del tiempo insondable». «Es ésta la primera señal. Los habitantes comienzan a moverse en sus casas tranquilas y austeras. Después vendrán otras señales, las que también describe el novelista. Mientras tanto, sabemos que la familia Osorio tiene también su capilla. Carmen, la que será protagonista principal, da que hablar a sus tías que llegan en ese momento, porque es mala educación el atisbar por las puertas.

Un mundo de costumbres lejanas se comienza a conocer en las páginas de «La ciudad dormida». Impresionan en primer término las dos tías, en las que se personifica la intransigencia de las beatas solteronas. Carmen, aunque de espíritu religioso, es más desprejuiciada, alegre, lozana. Una muchacha que está entre el convento donde estudia y la vida, la vida corriente, pagana, que le ofrece un futuro plácido, sonriente. Clara, su madre, religiosa como la hija, tiene la esperanza de dar felicidad a ésta. Las tías y otras familias le desean también la felicidad pero, es esa felicidad que se consigue en un convento, siendo monja.

Yankas describe la lucha de estos espíritus contrarios, con precisión. Los detalles vienen unos tras otros, con lo que vamos conociendo y alternando en los variados incidentes que ocurren en la ciudad dormida. Intrigas, ambición, ceguera humana, humorística mentalidad. Las páginas mesuradas y bien escritas, hay corrección. Entramos a los diálogos, discursos, descripciones, paseos, tertulias familiares. Conocemos las damas, los jóvenes, etc., todo el mundillo de un rincón provinciano. Un mundillo lleno de preocupaciones ajenas, que va del chisme a la malevolencia, pero con el espíritu adormecido en las manos que sostienen siempre el rosario.

Yankas pinta bien el alma de los protagonistas en algunos diálogos. La Ñaña, empleada doméstica, cincuentona, es la mujer de confianza. Ágil y atenta. Dócil a sus patroncitas. El padre Emérito pontificando, y guiando a sus feligreses. Cuidadoso de su Parroquia, y enterado de todo lo que ocurre en el pue-

blo. Edmundo, primo de Carmen, enamorado de ésta, no consigue vencer su timidez, motivo por el cual pierde el noviazgo. El mismo se conoce, al decir: «Yo me crié pegado a las faldas de mamá, siempre cuidado por mujeres, hasta grande. Me falta el carácter y eso no me gusta». Hay escenas felices cuando el novelista hace actuar al tímido enamorado. La señora Peñalba es otra de las figuras que aparecen con relieve personal. Pascuala y Loreto, las tías, dos gemelas, siempre al corriente de los secretos de la ciudad, son las que por su fervor religioso se proponen hacer monja a su sobrina Carmen, pero todos los medios fueron inútiles. Y ¡qué medios más mezquinos y bajos!, y en nombre de Dios y del Espíritu Santo! Ellas son las que se escandalizan al saber que una amiga va a emplearse en una oficina fiscal, Esto era un imposible, tanto para ellas como para muchas familias de la Ciudad Dormida. Una mujer empleada, ¡qué escándalo! Otros dos personajes de interés encontramos en la obra: El Dr. Rivas y Fernando Arana. Dos amigos que encarnan las ideas nuevas, progresistas, son los innovadores, que a nombre del Gobierno luchan tenazmente contra las rígidas costumbres, y tradicionales ideas, en que la iglesia es la única autoridad en todo. El Dr. Rivas termina por conquistar confianza, y triunfa contra la torpeza ciudadana, gracias a su rectitud y ejemplar espíritu. Fernando Arana, joven agrónomo, resuelto, esclarecido, espíritu moderno, termina por hacerse simpático en algunos hogares. Es el que se casa con Carman más tarde. Ambos se enamoran desde el primer momento que se ven en una fiesta. El idilio de estos jóvenes está relatado con soltura y amenidad.

Encontramos en esta novela páginas agradables, tanto por la forma narrativa como por los incidentes variados que ocurren, y sobre todo por la pintura del medio en que los personajes se mueven. Pero hay páginas que están lejos de ser amenas, esto como en muchas otras novelas. Los diálogos demasiado largos y monótonos, discursos que son ensayos filosóficos, aun-

que vengan al caso como el del padre Emérito sobre la calumnia; y sobre todo advertimos el mismo vocabulario y forma expresiva en los protagonistas. Usan el mismo lenguaje, giros, etc. En poco se diferencian unos de otros. También es visible cierta retórica mal empleada, y un tono elevado, demasiado consciente y maduro. Por muy cultos que sean los personajes en la vida corriente la conversación es distinta. Es una afectación literaria en que se cae con facilidad. Son detalles que a nuestro gusto resultan chocantes.

«La Ciudad Dormida es una novela que nos hace participar en la lucha de los dos espíritus: el tradicionalista, limitado y polvoriento, y el innovador que es el progreso. Es cosa aparte, las páginas en que el autor describe con gran interés y entusiasmo visible, la tradicional Procesión del Pelicano. Esta procesión tan conocida que se realizaba en la ciudad de Quillota. Esto mismo nos da a entender que la novela tiene como escenario la vida quillotana de fines del siglo XIX. Las páginas que dedica a esta procesión, preparativos, procesión misma, y consecuencias, son muchas. Innumerables detalles. Hay gracia, realismo e imaginación. El dominio del autor es innegable. El Pelicano, con su historia, despierta en los habitantes un deslumbramiento tal que las almas resplandecen de fanatismo. Yankas ha pintado magníficamente esta procesión religiosa. He aquí un párrafo: «Algunos hombres mostraban signos de mayor tortura, el pecho arañado por las propias uñas o por algún objeto cortante, las caras tumefactas por los golpes, el paso vacilante. Gritos desgarradores, broncas invocaciones rayaban la noche y este delirio de la vida exaltada se encauzaba a trechos en los himnos severos o dulces de las cofradías. A veces se producía un remolino en aquella marejada: una mujer caía exhausta por la penitencia y había que alzarla y sostenerla en la marcha».—ESTEBAN SARDÓN.